

gusto; resulta un placer raro encontrar sencillamente un libro bonito; de tipos bellos, de buen papel, de hermosa composición.

Joaquín Lorda

Marina, Jose Antonio: *El laberinto sentimental*, Anagrama, Barcelona, 1996, 280 págs.

Con *El laberinto sentimental* son ya cuatro los títulos que Marina ofrece (*Elogio y refutación del ingenio*, *Teoría de la inteligencia creadora* y *Ética para náufragos* son los otros tres), con la finalidad de fondo de buscar una poética de la acción y de emprender una reforma del entendimiento humano.

El libro tiene como objetivo “elaborar una ciencia de la inteligencia afectiva” (p. 11) Marina es consciente de la dificultad de tal empresa y, sin embargo, ése es uno de los mayores aciertos del libro: el intento de comprender lo que para muchos es incomprensible. Divide el libro en tres capítulos y siete jornadas, para concluir con una historia bibliográfica de *El laberinto sentimental*. El estudio se plantea como una excursión en un laberinto, que tiene salida, pero en el que es fácil perderse si no se está atento.

En el primer capítulo se elabora un vocabulario que precisa el sentido de los términos a lo largo de todo el libro, aunque se advierte que es provisional y con una finalidad meramente práctica (pp. 34-36) y se afirman las primeras tesis: los sentimientos son el balance consciente de nuestra situación (p. 27), son experiencias cifradas (p. 31) e inician una nueva tendencia (p. 33). El segundo capítulo trata de sentimientos exóticos; haciendo un recorrido por cómo se interpretan los sentimientos en diversas culturas, se plantea qué hay de universal y qué de particular en nuestra forma de sentir: hay unos sentimientos universales modulados de diferente manera en las diferentes culturas; lo difícil es “si sabremos atender a lo común sin olvidar lo particular” (p. 53). El tercer capítulo es la biografía de la afectividad: cómo es la génesis de la afectividad desde que nacemos hasta el final de la infancia.

Desde el capítulo cuarto hasta el final (capítulo décimo) nos adentramos en el laberinto. Son siete jornadas donde se van desarrollando los diversos niveles de la afectividad humana. En la primera jornada se pone de relieve que los sentimientos son respuestas conscientes y como tales, pueden ser estudiadas. Haciendo uso del concepto de *esquema* (ya utilizado en *Teoría de la inteligencia creadora*) va a distinguir en nuestros sentimientos elementos estructurales (temperamento, carácter, personalidad...) y coyunturales (más variables). Al recorrer la segunda jornada topamos con el *deseo*: en diálogo con Freud, Tomás de Aquino, San Gregorio y Sartre afirma que los sentimientos derivan

de los mecanismos de acción, uno de los cuales es el deseo. Termina ésta segunda jornada con un croquis de los grandes campos sentimentales (19 campos), comunes a todas las culturas. Las dos siguientes jornadas son fundamentales: se comienza por la *memoria* y nos adentramos en el *yo*. Se le da mucha importancia a la memoria personal: es el núcleo duro de nuestra personalidad y uno de los motivos por los cuales reaccionamos sentimentalmente de forma constante. A lo largo de ambas jornadas se afirma una de las tesis más importantes del libro: somos fisiología cargada de información. Hasta aquí ya tenemos un buen balance de lo que son los sentimientos: "Ante una situación respondemos afectivamente de una manera que está determinada por la coyuntura que vivimos, por el estado de ánimo en que nos coge la nueva situación, pero sobre todo por nuestra personalidad afectiva, trenzada por nuestras necesidades y deseos, nuestras creencias y expectativas y por el modo como nos contamos nuestra propia historia" (pp. 171-172). La quinta jornada analiza un sentimiento particular: el *amor*, al que considera un laberinto dentro del laberinto. ¿Qué es lo que hace del amor un sentimiento distinto al resto? El ser un sentimiento, que aun cumpliendo las mismas condiciones que los demás sentimientos, es compartido, y por su carácter de compartido concede una amplia autonomía a lo amado, que aparece sólo en el sentimiento (cfr. pp. 186-188). Las dos últimas jornadas son de balance y son, quizá, las más importantes: No se puede vivir prescindiendo de nuestros sentimientos, hay que darles el valor que se merecen, pero hay que saber vivir por encima de ellos (p. 205): para esto es necesario una educación de la afectividad, de una personalidad afectiva que facilite la felicidad (p. 223), que integre la estabilidad y el cambio (pp. 206-223) teniendo como base la educación de la voluntad, cuya raíz está en la educación de la inteligencia. Y ésta educación nos ha de poner en disposición de saber distinguir entre *buenos* y *malos* sentimientos: se ha de partir de que los sentimientos cumplen una función adaptativa: dirigirnos a la acción. Por lo tanto, no por ser naturales (espontáneos) han de ser valorados de la misma manera: nuestra vida afectiva se ve constantemente sometida a la tensión entre lo que sentimos y lo que nos parece adecuado sentir, y de cómo se encauce ésa tensión dependerá nuestro enriquecimiento o nuestra destrucción.

El libro tiene el indudable mérito de proponer nuevas vías para una educación sentimental. De ahí su método: conviene ir poco a poco y muy atentos. Algunas tesis del libro son discutibles (especialmente el que seamos fisiología cargada de información), pero recoge aciertos notables también (como, por ejemplo la importancia de los hábitos). Es muy de agradecer también el elenco bibliográfico-explicativo del apéndice. Este libro es un comienzo y Marina prepara una próxima entrega que continúe la tarea emprendida.

Pablo Ormazábal